

-Con lo de famosas me refería a cuevas que existan desde hace mucho tiempo y no se hayan destruido.

-Hay muchas de esas en la zona -dijo Miguel.

-¿Por ejemplo?

-Mira, solo en Molinos y junto al pueblo hay varias; algunas se han utilizado para abrigos de ovejas y de pastores; otras, para horneras y también para hacer la parte trasera de las viviendas. A lo largo del cañón hay igualmente unas cuantas, aguas arriba o abajo. En Fuentevieja, Castilviejo, Quintana y Aliza, sin ir más lejos.

-¿Se habla de alguna especialmente?

-Es famosa la que hay cerca de Alba porque tiene pinturas prehistóricas, al menos eso dicen. Todas esas están en las paredes de roca, pero también hay cuevas que son como simas; hay una en el límite de Alba que tiene hasta estalactitas, pero la entrada está muy escondida y es muy peligrosa porque se abre hacia abajo. ¿Te vas a comprar una cueva?

-No creo que sea posible.

-Eso creo yo, pero los madrileños queréis comprar cosas tan raras, a veces, que no me extrañaría que buscaras un terreno con cueva incluida.

Ambos se echaron a reír. Después Pedro preguntó:

-¿Has oído hablar de la leyenda del Ermitaño de Fuentevieja?

-Claro, hombre, es una tradición que no se debe perder.

-¿Pero la sabes de memoria?

-No, tiene muchos versos para que yo la recuerde. Sé que está escrita, porque alguien la puso en un libro de leyendas hace un tiempo. Imagino que en el Ayuntamiento de Fuentevieja debe estar el original. De todas formas hay gente mayor que aún la conoce de memoria y la puedes leer en el libro que te digo. ¿Has preguntado a Teresa?

-Fue ella la que me contó lo que decía, pero se me olvidó preguntar si la tenía.

-De todas maneras no es necesario que busques la cueva del ermitaño, porque es la que hay cerca del pueblo, la de la Fuente Quebrada.

-Sí, ya sé. -Pedro sentía pena por no poder compartir con su amigo lo que sabía. Sin embargo, tenía la seguridad de que podía contar con Miguel, con su silencio y con su ayuda, aunque prefirió posponer su colaboración. Lo que sí agradeció fue que no preguntara más.

Miró a su amigo que, en ese momento, observaba el rebaño.

-¿Hay novedades de Isabel?

-No, seguimos igual, debe pensar que tengo la peste, porque en cuanto me ve, huye. ¿Y tú con Teresa?

-Bien. Bueno, eso creo.

De nuevo Miguel asumió la escueta respuesta. Pedro no sabía si era una cuestión de respeto hacia la amistad que los unía o de falta de interés.

-¿No sientes curiosidad, Miguel?

-No sé, supongo que sí, pero creo que cuando quieras contar-